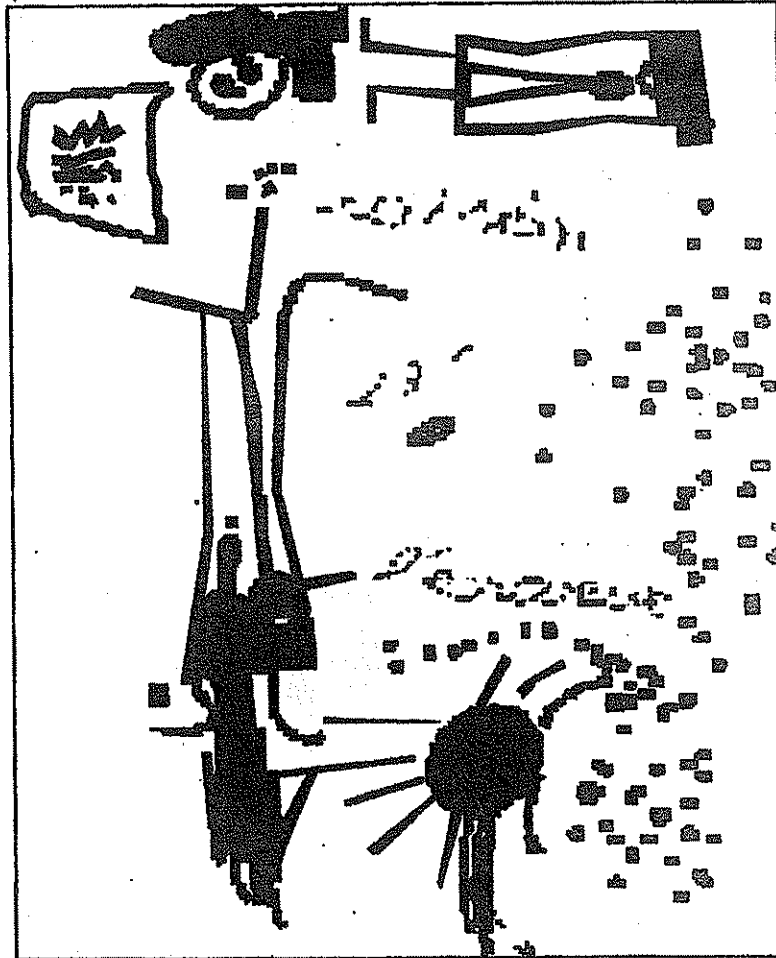


Dibujo de la pequeña Amélie



FOTOCOPIAS DIAGONAL

Carpeta *Adultos*

Folio Nº *181*

116

D/F *2* S/F

Cura de un mutismo
De la perplejidad a la sorpresa

Gabriel Lombardi

FOTOCOPIAS
DIAGONAL
3.1 *Adultos*
Folio *307* S/F
D/F *2*

La enseñanza de Lacan tuvo el efecto de eliminar de su campo de influencia toda teoría sobre la subjetividad del analista como tal. Efecto justificado sin duda en la época en que él desarrolla su enseñanza, cuando en el seno de la IPA los analistas hacían de la contratransferencia la brújula del análisis, poniendo un acento abusivo sobre lo que experimentaban en tanto sujetos. Lacan se opuso decididamente a tal orientación. Demostró que por las condiciones que impone la transferencia solo hay un sujeto en actividad en el análisis. Puede leerse en su «Proposición del 9 de octubre sobre el psicoanalista de la Escuela» que la transferencia «refuta la intersubjetividad». No hay contratransferencia analíticamente provechosa.

Esta interdicción, comprensible en semejante momento histórico, sigue siendo recomendable en la actualidad, en lo cotidiano de nuestra práctica, en la que el analista debe garantizar su acto con una posición que no es la del sujeto, sino esa otra de semblante de objeto —para interrogar desde allí al analizante en su posición subjetiva. Sin embargo, tal interdicción no nos impidió —al menos es lo que pienso— concebir algunas situaciones puntuales, extremas tal vez, en las que el analista vuelve, aunque solo sea por un instante, a una posición de sujeto. Y esto sin contradecir su ética ni su función. Lacan mismo sugirió algunos ejemplos. Uno de ellos es el de esa «vacilación calculada» de la neutralidad del analista, que «puede valer para una histérica más que todas las interpretaciones». Otra, muy poco discutida aún, al menos en la Argentina, es esa alternancia que Lacan subraya en su «Proposición...», cuyo pivote sería la transferencia. En un ejemplo dado en ese texto, esta alternancia aparece en el efecto de angustia que el analizante re-

mite al *partenaire*, cuando este se eyecta de «el sumidero de los pensamientos de su progenitor».

Quiero poner en la serie una tercera contingencia, considerada por Lacan en su seminario sobre la angustia y también en su maravilloso «Petit discours de Jacques Lacan aux psychiatres: quand l'analyste s'occupe du fou», porque es frecuente ver surgir muy rápido situaciones en las que el loco encarna el objeto, y el que cura, el sujeto. Tal inversión, a menudo inicial, de las posiciones constituye la dificultad esencial de la maniobra de la transferencia en el tratamiento de la psicosis. Es eventualmente ineliminable, y tal vez a causa de esto Lacan formuló sus votos de que un día algún psicoanalizado se ocupara verdaderamente del loco. Y no dijo el analista, sino el analizado, es decir, alguien que para acceder a la posición de analista debe pasar por el momento lógicamente previo de la destitución subjetiva.

Bosquejaré para ustedes la curiosa manera en que esto tuvo lugar en los momentos más interesantes del largo tratamiento —catorce años— de un paciente psicótico.

Las cosas estaban al revés desde el comienzo. No fue él quien me demandó el tratamiento, sino su madre. No fue él quien vino a verme, sino que fui yo mismo quien fue a verlo a la clínica donde estaba internado, y donde lo encontré en ese estado crispado e impenetrable que Kahlbau llamó catatonia: permanecía acostado en su cama, mirando la pared salpicada con sus salivazos, en silencio. De vez en cuando comía o apenas bebía, haciendo que se temiera por su hidratación. Era imposible tocarlo, tenía crisis recurrentes de excitación psicomotriz de una violencia súbita e incontrolable. Ni las megadosis de haloperidol ni los tratamientos intentados antes habían resultado eficaces. Durante siete años, desde la edad de 15 años, había permanecido casi todo el tiempo sumergido en la horrorosa inmanencia de un síntoma extraordinariamente elemental y vacío de sentido. «Veo puntitos», gritaba en sus momentos de excitación.

¿Cómo actuar con un sujeto que no habla? Las preguntas que le planteaba no tenían respuesta. Decidí hablarle yo, a tientas, interrogarlo sin el horizonte de alguna respuesta: esperar pacientemente. Iba a verlo muchas veces por semana cerca de su cama. Él no hablaba. Yo no tenía ninguna orientación para seguir sus pensamientos ni su sufrimiento.

Una mañana giró hacia mí, repentinamente, y me dijo en una lengua gangosa, apenas comprensible: «Yo escribo poemas». No escondo mi sorpresa y le manifiesto mi interés en leerlos. Solamente después de algunas entrevistas me entrega un papel arrugado y sucio donde había dos líneas de escritura ilegible. Le dije que no entendía, entonces acepta leer de mala gana, en su lengua gangosa. El contenido es pueril. Siguen otros poemas, poemas de un amor abstracto, cada vez más claramente escritos, cada vez mejor leídos; igualmente pueriles, malsonantes, sin puntuación. Lo aterrizzaba ver puntitos, me pedía que lo ayudara a no verlos más. Él no podía describir nada de lo que le preguntaba sobre esos puntitos, ni cantidad ni otra cualidad que su pequeñez indescriptible. Nada. Ni una palabra. Durante años había permanecido perplejo ante la invasora y despedazante extrañeza del fenómeno.

Las sesiones parecían ayudarlo, empezaba a levantarse de la cama.

Pero nada nuevo surgió hasta el momento en que, unos meses después, afirmó por sorpresa: «Soy el hijo de Dios, desciendo de una de las tribus de Israel: los Cohen». Le pedí pruebas de esta afirmación; me respondió que estaban en la Biblia, pero no se acordaba en qué parte. Buscábamos estas pruebas, vanamente, en el Libro durante meses. El trabajo sobre la Biblia, sin resultado desde el punto de vista de la investigación emprendida, tuvo sin embargo el efecto de conducir al sujeto a hablar, a la asociación, a las preguntas, al relato de los pocos recuerdos que quedaban de la infancia. Sus ideas mesiánicas, garantizadas por la voz y la presencia de su padre ya muerto, pero que vivía en un más allá muy próximo, lo acompañaron durante años. Estas ideas daban un sentido imaginario, de futura redención, a los sufrimientos inherentes al único síntoma insoportable: ver puntitos. No era claro que estas voces y esta presencia fueran alucinaciones o fantasmas. Él mismo no estaba seguro. En todo caso, no eran del mismo grado de certeza anideica que el síntoma atroz de los puntitos, que nunca se integró en absoluto en el cambiante delirio.

Por una vía diferente de la del delirio surgió de manera inesperada, sin duda, un principio de elaboración de este síntoma, a partir del día en que me dijo: «Yo pinto; dibujo y pinto». Comenzó efectivamente a dibujar, primero garabatos con lápiz ordinario, luego con pintura, más elaborados.

A veces me mostraba una de sus últimas pinturas. El síntoma se atenuó sensiblemente y pudo entregarse a una vida social mínima, sentarse a la mesa con otros pacientes, encontrar una novia en la clínica, ir a su casa los fines de semana, luego quedarse allí.

A medida que confiaba en su analista se animó a contar el motivo de sus risas, que no eran tan «inmotivadas» como creían los psiquiatras. Se trataba siempre de algún rasgo del *partenaire*, considerado cómico, sorprendente en su arbitrariedad: los cabellos despeinados, algún gesto mínimo. Una vez hizo participar a su madre, quien también se rió: «El doctor está cachuso, tiene el pantalón arrugado» —lo cual solo era apenas verdad. También se hizo presente cierta ironía, lacónica e inesperada: «A los psicólogos y los psiquiatras les gusta que los locos les hablen de sexo, dice riendo. Remiten todo al sexo. Yo no tengo relaciones sexuales, nunca las tuve, y no quiero tenerlas nunca. Luego, no me comprenden. Los psicólogos y los psiquiatras nunca entienden a los locos».

Después de algún tiempo, el analista pasó de ser objeto de la irrisión o de la ironía a desempeñar el papel de la tercera persona, la *dritte Person* freudiana del chiste. El paciente cuenta chistes, a menudo chistes judíos. Él era judío. Pero los contaba siempre con voz apremiada y seria, casi angustiada, como si hiciera un trabajo penoso. Luego esperaba, siempre serio, el efecto, diría físico, en el Otro. Solamente cuando el efecto de risa se producía en el Otro el paciente estallaba de risa también. Un ejemplo: «Se trata de una propaganda en la tele. Se ve la imagen de la cruz vacía, sin Cristo y sin clavos. Una voz en *off* dice: "Si hubiéramos usado clavos, Goldstein, las cosas serían diferentes"». Me parece curioso que este paciente psicótico, con tan poca «tela» estructural, pueda jugar de este modo con la más social de las formaciones del inconsciente, del que estaba más bien desabonado. ¿Cuál podía ser la eficacia de tal operación? Tal vez la de compartir su goce como *Lustgewinn*, goce que busca producirse en el Otro de lo social. Y por intermedio de aquel que no es, o al menos no lo será por un instante, un sujeto desabonado del inconsciente.

¿No hay en semejante operación una decisión de goce fálico, de valor de goce? Supongamos que fuera así. Freud subraya sin embargo que en el chiste se transfiere a la tercera persona la decisión, si su pequeña tarea ha sido cumplida. El chiste llena una fun-

ción de cesión de goce al Otro del lazo social. Esta fase del tratamiento prepara su fin.

Durante la etapa final de la cura casi no surge el síntoma de los puntitos, que está muy atenuado. El paciente aprendió a usar el menor esbozo del síntoma como señal de detención: no se debe seguir por ese camino. Sabe cómo evitar su surgimiento masivo. Las voces y la presencia de insectos que lo miran, de los pájaros, del padre y de Dios ya no lo molestan. Sabe cómo actuar con ellos. En general está de buen humor, mantiene una agradable relación con su familia, que lo alberga y lo alimenta. Nunca pudo trabajar. Lee, pinta, escribe algunos poemas. Piensa exponer sus pinturas y publicar en el futuro.

Su agudeza en la localización de la posición subjetiva del interlocutor, su gusto por sorprender al Otro en su vena subjetiva, es entonces muy evidente: «Está muy cansado, ¿no? Trabaja mucho. Tal vez durmió muy poco anoche». Luego, compasivo: «Pobre doctor, ¡las cosas que tiene que hacer para vivir! Yo vivo de otra manera». Y sin dejar de sonreír, cómplice: «¡Y bueno!, no es lo mismo ser el hijo de Dios que un psicólogo».

Un tiempo después dice que puede seguir solo, que ya no necesita el tratamiento. Lo termina con mi consentimiento. Si es necesario, me llamará. Durante un año solo me llamó por teléfono dos veces, amable, contento: la primera vez para saludarme, y la segunda para contarme que su padre lo molesta un poco. No era importante, sabía cómo hacer.

¿Por qué vía se llega a este final? Por una trayectoria escandida cada vez por un puntual «dejarse preocupar» en tanto sujeto del lado del analista. Con este resultado de que, a cada sorpresa del lado del analista, se alejaba del síntoma y de su efecto incurable de perplejidad del lado del paciente. Tal sorpresa suplementaria misteriosamente permitía al sujeto una posición más tolerable, una existencia más vivible.

Freud y Heidegger nos abrieron el camino para no concebir la sorpresa como la impresión subjetiva de lo repentino en tanto que absolutamente imprevisto, sino, muy por el contrario, como el efecto de lo súbito que solo en apariencia contradice lo permanente, en tanto que exige la instauración previa de una latencia o predicción, que la esquizofrenia rechaza. Después de todo, su posición primaria es un rechazo radical de lo que para otros asegura el

futuro de la sorpresa, «el efecto Edipo», es decir, el efecto de una predicción que interviene en los hechos previstos por ella, incluso que los estructura.

Este psicótico no se sorprende: ¡asegura!, y ya no se encuentran razones para ponerlo en duda. De la perplejidad del goce absoluto del síntoma pasa, por la mediación de la sorpresa en el Otro de la transferencia y también del chiste que la prolonga, a la distracción de su goce como *Lustgewinn*, goce que busca producirse en el Otro del lazo social, y no en el Otro del delirio. Efecto pues sobre el Otro, que introduce un valor de goce, que no estaba entre los datos iniciales de esta psicosis. La dimensión de lo sorprendente es aquí apertura a lo social de lo que, fuera de discurso, deja al sujeto en la perplejidad. El acto analítico tal vez se manifiesta aquí en su complejidad.

Así como la *dritte Person* del chiste no necesita ser un Otro calificado, el analista no se caracterizaba en este tratamiento por sus cualidades, ni por los títulos de su subjetividad, ni tampoco por lo que tenía de subjetivo su deseo. Por el contrario, cada vez, sobrepasado el momento inicial de la sorpresa, se trataba de que «la continuación convenciera al sujeto de que el deseo (subjetivo) del analista no entraba en absoluto en el asunto». Para caer de esta implicación de sujeto a la posición del objeto «cachuso» no había más que un paso, no había más que ese singular paso al cual, para el psicoanalizado que lo cura, el psicótico renueva cada vez la invitación.

Me parece que aquí se asienta ese «alto», esa «detención paradójica», en la que Lacan interrumpe su «De una cuestión preliminar...» para apoyar la maniobra de la transferencia en la psicosis. No sitúa allí el «cómo hacer», que el mundo terapéutico siempre espera, sino muy precisamente una crítica de la posición del psiquiatra —«aunque fuese el psicoanalista», escribe— y de su realidad. También se puede señalar en este alto el momento lógico en que se trata de reiterar el paso por el cual se llega a la posición del analista. Es decir que no se accede a la posición del analista desde la posición del analista, lo que fundaría su acto en el hábito. Se accede desde una destitución subjetiva, que debe ser renovada cada vez.

Es evidente que la interpretación del lado del analista no tuvo ningún lugar en este proceso. Pero, a decir verdad, esta no se jus-

tifica si el goce no tiene que ser «falsificado», vuelto caduco, como valor de goce. En este caso, por el contrario, se trató de que cobrara valor el goce innumerable de los puntitos, goce que no era un valor, goce deslocalizado del significante en lo real. Goce absoluto que pasó en lo social mínimo del lazo analítico al valor civilizador que lo relativiza como *Lustgewinn*, plus de gozar cedido al Otro de la transferencia.

Por este camino se ha llegado a aliviar al psicótico, aunque solo sea por un instante, un instante fecundo, del peso ilimitado de la inmanencia del objeto.

Lo que bastó para incitar al sujeto a este poco de acción que la estructura le permite.

Jacques-Alain Miller. —Agradezco a Lombardi. En una carta que publiqué en *Tiempo lógico*, boletín interno de la Asociación Mundial de Psicoanálisis, un colega argentino, Bekerman, pregunta si es posible que un europeo se interese en algo que dice un argentino. Y bien, podrá anunciar en Buenos Aires la respuesta de que en Angers nos hemos interesado en todos nuestros colegas argentinos presentes, ya sea que vengan directamente de Buenos Aires, como usted mismo, o que se hayan arraigado en Francia, como Victoria Horne.